

Acerca del Imperio cosmopolita de Ulrich Beck: una discusión sobre las tareas contemporáneas de la historia imperial comparada

Víctor Egío¹

Si hace unos años fue el turno de un *revival* republicano en el contexto de una renovación profunda de la tradición democrática liberal tras el fin de la Guerra Fría, la ambiciosa política exterior de los Estados Unidos de América bajo la administración Bush dio lugar a un fenómeno similar de signo contrario. De todas partes surgieron monografías y proyectos en torno al giro «imperial» de la política contemporánea.

En términos generales parecería de hecho que un fenómeno característico de la teoría política en este comienzo de siglo sería el retorno de categorías premodernas que considerábamos olvidadas o extinguidas. De este modo de los publicistas neoconservadores más influyentes, William Kristol y Lawrence Kaplan², no dudaron en calificar de *Misión* el cambio de régimen en el Irak de Saddam Hussein. Dana Priest³, la periodista que reveló el escándalo de las cárceles secretas en las que se practicaba la tortura, caracterizaba por su parte como auténticos nuevos «misioneros», si bien críticamente, a los soldados norteamericanos embarcados en tareas cada vez más complejas y que implican mayor responsabilidad, muchas veces lejos de todo control democrático y conocimiento por parte de la esfera pública. Como antaño sucedía con los misioneros del Nuevo Mundo, hoy día se confía a estos hombres

1 Universidad de Murcia. Becario FPI-Fundación Séneca.

2 W. KRISTOL, L. F. KAPLAN, *The War over Iraq, Saddam's Tyranny and America's Mission*, Encounter Books, San Francisco, 2003. Esta consideración mesiánica de la propia labor política no es sin embargo nueva en los Estados Unidos. Una reconstrucción histórica de la misma puede hallarse en G. BESIER/G. LINDEMAN, *In Namen der Freiheit: die amerikanische Mission*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 2006. Dedicado en exclusiva al largo enfrentamiento con Rusia: D. S. FOGLESONG, *The American Mission and the «Evil Empire», The Crusade for a „Free Russia“ since 1881*, Rutgers, New Jersey, 2007.

2 Nation building

3 Véase D. PRIEST, *The Mission, Waging War and Keeping Peace with America's Military*, W.W.Norton, 2004.

funciones diversas que exceden el mero uso de la fuerza y que van desde la reconstrucción de infraestructuras a la ambiciosa ingeniería democrática⁴. Desde esta perspectiva no es extraño que la política norteamericana en Oriente Medio haya sido calificada de *Cruzada*⁵ por algunos observadores críticos, aunque sus hombres fuertes se hayan abstenido de utilizar este término por sus connotaciones demasiado negativas. Con las Misiones y Cruzadas se recupera también otro concepto, el de la *tiranía*, con el que se designa a los objetivos de esta campaña mundial sistemática de acoso y derribo, los «modernos tiranos»⁶, un uso contestado en parte por el laborioso trabajo histórico-conceptual de Mario Turchetti⁷.

Por otra parte, las nuevas guerras⁸ no convencionales parecen no reconocer fronteras, extendiéndose por todo el globo en nombre de un nuevo orden policial global, al tiempo que pasan por alto incluso la propia declaración formal de guerra, convertida en un mero trámite. Este estadio de ambivalencia entre la paz y la guerra ha llevado a hablar de una situación, al menos pretendida, de *Pax Americana*⁹, un guiño más a una política pretérita, considerada

4 El campo de la ingeniería democrática o la imposición de la democracia liberal en Estados considerados fallidos, sea por su situación anárquica o por ser víctimas de un autoritarismo despótico, ha ocupado muchas páginas en los últimos años. Una obra que contribuyó a popularizar el debate fue la de F. FUKUYAMA, *State-building: Governance and World Order in the 21st century*, Cornell Univ. Press, Ithaca-New York, 2004. Especialmente ilustrativos son también los estudios de James Dobbins para la inquietante RAND Corporation. Cf. J. DOBBINS, *The Beginner's Guide to Nation-Building*, RAND, Santa Monica, 2007; *After the War, Nation-Building from FDR to George Bush*, RAND, Santa Monica, 2008.

5 V. SCHWEDIAUER, *Der Kreuzzug im Irak: Christian Right und Neokonservatismus als symbiotische Herrschaftsideologien für den US-Krieg im Irak*, Lang, Frankfurt am Main, 2006.

6 Saddam Hussein se convirtió sin duda en el contexto de la guerra de Irak en el tirano por excelencia ante la opinión pública americana. Además de la obra de Kaplan y Bristol, pueden resultar interesantes los artículos para la *New York Review of Books* de M. LILLA: «The New Age of Tyranny», vol. 49, nº 16, 2002 y I. BURUMA, «The Indiscreet Charming of Tyranny», vol. 52, nº 8, 2005.

7 M. TURCHETTI, *Tyrannie et tyrannicide de l'Antiquité à nos jours*, PUF, Paris, 2001. Turchetti diferencia la tiranía, ejercicio ilegítimo del poder contra el consentimiento de los ciudadanos y los derechos humanos fundamentales, del despotismo, que a pesar de ser autoritario sigue conservando la legalidad y legitimidad de su parte. Sólo contra la primera estaría justificado un derecho de resistencia, véase una intervención extranjera.

8 La obra de referencia sigue siendo la de M. KALDOR, *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*, Stanford Univ. Press, Stanford, 1999. Véase también H. MÜNKLER, *Viejas y nuevas guerras: asimetría y privatización de la violencia*, Siglo XXI, Madrid, 2005.

9 Cf. J. HÜBSCHEN, *Die Zukunft des Irak-Pax Americana*, Steinschulte, Wiesbaden, 2008; J. B. FOSTER/R. W. MC CHESNEY, «The American Empire: Pax Americana or Pox Americana?», en *Monthly Review*, vol. 56, nº 4, 2004. La historia del término sin embargo es mucho más antigua y puede remontarse a las denuncias formuladas por publicistas alemanes contra el nuevo intervencionismo estadounidense en la política europea en el contexto de la Primera Guerra Mundial.

hasta hace poco más bien como parte de un estado de cosas superado que como un ideal regulativo de la acción inmediata. En el fondo, retornan los discursos del *bien* y el *mal* (*Evil*) absolutos (los protagonistas de la foto de los Azores de un lado, los tiranos modernos del otro), con evidente predominio de este último, y con ellos los de las *guerras justas*, en un contexto en el que parece necesario volver sobre las certezas del Derecho internacional clásico para problematizarlas¹⁰, a la luz de amenazas que se anuncian inimaginables, nunca vistas, inauditas.

El giro «imperial» parece formar parte así de un fenómeno más general, de una fascinación por lo premoderno que aspira a conjurar el temor ante lo desconocido con la certidumbre de categorías que nos son familiares.

El fenómeno *Empire* como tentativa de dar explicación al desorden de las relaciones internacionales contemporáneas, parte de este *revival* premoderno, surgió por supuesto en América. No han faltado así en los últimos años voces que bendecían el intervencionismo imperial estadounidense como un mal menor necesario para salvaguardar la seguridad y los derechos humanos frente al terrorismo global, casos de Robert Kagan, que acuñó premonitoriamente el término de Imperio benevolente¹¹, o del político canadiense Michael Ignatieff¹². Tampoco las de aquellos que apelaban directamente al militarismo como factor de progreso como las de Robert D. Kaplan¹³ o Max Boot¹⁴, que ya en Octubre de 2001 jaleaba la estrategia de invadir Afganistán para seguir con Irak¹⁵, animando al gigante norteamericano a abrazar el rol imperial como la estrategia más realista frente al terrorismo global. Tampoco han faltado, por supuesto, los detractores de este estado de cosas, que agrupados fundamentalmente en torno a Noam Chomsky y al trabajo editorial del *American Empire Project*¹⁶ han hecho un uso similar del término.

Podríamos ver en este fenómeno, y estaría justificado, un debate condenado a ser efímero entre los partidarios de la política exterior de la administración Bush (conservadores militaristas, *think tanks neocon* y toda suerte de

10 Cf. M. WALZER, *Terrorismo y guerra justa*, Katz, Madrid, 2008. En este breve ensayo el politólogo norteamericano actualiza muchas de las consideraciones expuestas en su obra clásica: *Just and Unjust Wars*, Basic Books, New York, 1977.

11 R. KAGAN, «The Benevolent Empire», en *Foreign Policy*, nº 111, 2008, pp. 24-38.

12 M. IGNATIEFF, *The Lesser Evil: Political Ethics in an Age of Terror*, Edinburgh Univ. Press, Edinburgh, 2004.

13 R. D. KAPLAN, *Warrior Politics, Why Leadership Demands a Pagan Ethos*, Vintage, 2001.

14 M. BOOT, *The Savage Wars of Peace, Small Wars and the Rise of American Power*, Basic Books, New York, 2002.

15 M. BOOT, «The Case for American Empire» en *The Weekly Standard*, Vol. 7, nº 5, Octubre 2001.

16 www.americanempireproject.com

arribistas similares) y sus detractores, aquellos que durante su gobierno han resistido la travesía del desierto como podían a la espera del día en que pudieran decir «ya lo decía yo». Podría también tratarse de una mera operación de marketing político y editorial, destinada a ampliar las ventas de libros con títulos impactantes. En todo ello hay una parte de verdad. Sin embargo, entre montañas de literatura sensacionalista, el tópico *Empire* ha generado un debate que trasciende su contexto original y está llamado a perdurar en el mundo que sobreviva a Bush. En efecto, el tópico *Empire* ha impactado de lleno en el debate ya iniciado, aunque también reciente, en torno a los límites de la soberanía clásica en un contexto global (véase post-nacional) y colonizado el campo de los posibles intentos de superación de esta situación que se antoja inestable.

Uno de los autores cuya trayectoria representa mejor esta particular conexión es el sociólogo alemán Ulrich Beck. En efecto, Beck saltó a la palestra por ser el primero en conectar una serie de crisis o cambios en el mundo del trabajo (precariedad, desempleo creciente...), en la esfera de las relaciones personales (individualización, flexibilidad de los lazos de clase y familiares) y en el mundo de los saberes (imprevisibilidad, fin de las certezas definitivas y del monopolio de las decisiones por parte de los técnicos cualificados) que, junto a las graves amenazas al medio ambiente generadas por la industrialización (Beck escribe *La sociedad del riesgo*¹⁷ bajo el impacto de la catástrofe de Chernobyl) obligaban a mirar con recelo las consecuencias de la modernidad y a rechazar este modelo económico y político como el idóneo para el futuro sostenible de nuestra civilización. En términos políticos quedaba constatada la incapacidad de los Estados-nación para administrar los riesgos generados por flujos económicos que cada vez más escapaban a su control, así como para hacer frente a catástrofes ecológicas que se habían demostrado irrefrenables, indiferentes ante las fronteras trazadas por los seres humanos. Por el contrario, estos riesgos se demostraban en el plano social capaces de hacer interactuar y movilizarse a millones de personas en todo el mundo, es decir, de dar a luz a una opinión pública mundial de la que los nuevos movimientos sociales serían un síntoma.

Las consecuencias de este diagnóstico se imponían por sí mismas: el énfasis debía hacerse en el surgimiento de una conciencia cosmopolita en el marco de una nueva «política interior mundial», tendente a consolidar la hasta ahora limitada cooperación transnacional y proveerla de un marco legal vinculante. Si bien Beck profundizaba en mayor medida en las múltiples causas de esta situación, la vía política hacia una «segunda modernidad» no se diferenciaba

17 U. BECK, *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona, 1998.

en mucho de un cosmopolitismo legal como el defendido por Jürgen Habermas en obras como *La constelación post-nacional*¹⁸: mayor cooperación transnacional, nuevas regulaciones e instituciones capaces de hacer frente a los riesgos de la globalización económica y dar a este proceso una dirección política.

Sin embargo a la hora de identificar esta vía política con los avances en la construcción de instituciones políticas «realmente existentes» que, como la UE, podrían suponer el germen de una política por venir, la teoría de Beck sufre el mismo vértigo, la misma fascinación premoderna que se respira en la teoría política norteamericana y no duda en asignar la categoría de Imperio informal a este proyecto, un Imperio cosmopolita:

«Es hora de llamar públicamente por su nombre y de presentar las consecuencias políticas de un proyecto que fue institucionalizado e impulsado silenciosamente [...] lo que está surgiendo y lo que hay que comprender y desarrollar es una nova res publica: el imperio cosmopolita llamado Europa.»¹⁹

Por supuesto, este Imperio cosmopolita calificado como «utopía posible» poco o nada tiene que ver con el *ethos* guerrero ensalzado por Robert Kaplan o Max Boot y que conmovió por un tiempo a los Estados Unidos. Podríamos preguntarnos si su visión de la Europa imperial se acerca más a la de un «Imperio benevolente». En cualquier caso, Beck se distancia de los «Imperios-fortaleza» y precisa el Imperio europeo como un Imperio post-hegemónico:

«Nuestra tesis es la siguiente: en Europa, la cosmopolitización del Estado ha hecho surgir una estructura política que nosotros denominamos imperio post-hegemónico. En tanto que post-hegemónico, este Imperio europeo no se basa (como lo hicieron los imperios del siglo XIX) en la delimitación nacional y en la conquista, sino en la deslimitación nacional, en la libre voluntad, en el consenso, en las interdependencias transnacionales y en el valor político añadido así adquirido.»²⁰

18 J. HABERMAS, *La constelación post-nacional*, Paidós, Barcelona, 2000. Véase también K.-G. Giesen, «The Post-national Constellation: Habermas and the *Second Modernity*», en *Res Publica*, vol. 10, nº 1, Springer Netherlands, 2004.

19 U. BECK/E. GRANDE, *La Europa cosmopolita, sociedad y política en la segunda modernidad*, Paidós, Barcelona, 2006, p. 81.

20 *Ibidem*, p. 85.

Distanciamiento explícito por tanto de los Imperios coloniales y de toda reminiscencia decimonónica, otra tentación recientemente llegada a América desde Inglaterra, donde Niall Ferguson no ha dudado en reivindicar el papel civilizatorio del Imperio británico²¹ y situarlo como modelo a imitar por sus colegas al otro lado del Atlántico. Los historiadores, sin embargo, no son del todo inútiles al propósito imperial de Beck, aunque no los coloniales. En *Poder y contrapoder en la era global*²² el sociólogo alemán da en cambio la bienvenida a la historia imperial comparada y cita expresamente numerosos Imperios premodernos:

«El discurso del Estado cosmopolita (del régimen cosmopolita) orientado al futuro necesita la *acreditación histórica*, es decir, sus *differentia specifica* históricas tendrían que definirse y fundamentarse. A tal efecto, habría que concebir una ‘*investigación de los imperios*’ que hiciera historia comparada [...] y fundamentar, quizá desde el punto de vista europeo quizá desde el transnacional, el correspondiente tema de investigación: ¿qué diferencia a los antecesores del régimen cosmopolita de éste y los une simultáneamente a él? Al fin y al cabo, el sueño de «un mundo» está ostensiblemente chapado a la antigua, es mucho más viejo que el romanticismo nacional. Se remonta a aquellos imperios universales de Hammurabi y Alejandro, Justiniano y Harun al Raschid, Gengis Kan y Carlos V, Napoleón y el Imperio Británico [...] Una investigación comparativa de los imperios semejante podría demostrar que la norma de la historia universal no es la homogeneidad étnico-nacional sino la polietnicidad.»²³

De esta forma, Beck se acerca al tópico *Empire* pero no en el sentido de los Todd²⁴ o Bacevich²⁵ como pretende²⁶, sino de la mano del filósofo y politólogo alemán Herfried Münkler, que emprende precisamente una historia comparada de este tipo, aunque breve, en una obra²⁷ que aspira ambiciosamente

21 N. FERGUSON, *Empire, How Britain Made the Modern World*, Allen Lane, Londres, 2003.

22 U. BECK, *Poder y contrapoder en la era global, la nueva economía política mundial*, Paidós, Barcelona, 2004.

23 Ibidem, p. 145, nota 7. La cursiva es mía.

24 Cf. E. TODD, *After the Empire, the Breakdown of the American Order*, Columbia Univ. Press, 2003.

25 Cf. A. J. BACEVICH, *American Empire, The Realities and Consequences of U.S. Diplomacy*, Harvard Univ. Press, 2002.

26 U. BECK, *La Europa cosmopolita*, op. cit., p. 85.

27 H. MÜNKLER, *Imperien. Die Logik der Weltherrschaft*, Rowohlt, Berlin, 2005.

mente a descifrar la «lógica de la dominación mundial». A su vez, ambos son profundamente deudores de la caracterización de la soberanía imperial (que no imperialista) soberbiamente descrita (ya en 1986) por Michael Doyle²⁸, un politólogo estadounidense relativamente desconocido hasta hace poco.

Como continuador en cualquier caso de esta historia universal se presenta ahora una Europa que despierta²⁹ de sus múltiples sueños nacionales, un estado contingente llamado a ser un día (¿por qué no hoy?) superado. La pérdida de autonomía es compensada, afirma Beck, con un cuantioso aumento de soberanía, de capacidad operativa en campos donde el viejo Estado-nación por sí sólo apenas tenía margen de maniobra. Las resistencias son calificadas como fruto de una miopía nacional, tanto por parte de los políticos como de los teóricos nostálgicos del viejo mito nacional, que impide ver la efectiva realidad.

Sin embargo, este nuevo momento constitutivo no puede escapar del recheo que provoca su ambigüedad. El énfasis ahora ya no es en efecto ni mucho menos legal: se abandona de hecho el discurso de una ley cosmopolita. Lo cosmopolita es el dominio, un dominio «translegal», «no (directamente) legitimado democráticamente»³⁰:

«la política transnacional es una política subdesarrollada por lo que se refiere a instituciones e infraestructura, esto es, se caracteriza por unas infraestructuras, unas estructuras legales y unas formas de democracia y legitimación insuficientes.»³¹

Podríamos pensar por tanto que la legitimidad de un constructo político tal se hace depender de su eficacia, de sus resultados. Sin embargo, los numerosos reveses sufridos por el proceso de construcción europea no parecen apuntar en esa dirección. En cambio, todo el proceso parece guiado por un instinto mucho más básico: el miedo... el terror incluso. Un terror bipolar, asociado tanto al pasado («¿Quién impedirá el próximo Holocausto?»³², se pregunta Beck) como al futuro inmediato.

«Es [...] el riesgo o, más exactamente, la percepción del riesgo lo que funda una opinión pública que sobrepase las fronteras.

28 M. DOYLE, *Empires (Cornell Studies in Comparative History)*, Cornell, Nueva York, 1986.

29 Cf. P. SLOTERDIJK, *Si Europa despierta*, Pre-textos, Valencia, 2004.

30 U. BECK, *Poder y contrapoder en la era global*, cit., p. 166.

31 *Ibidem*, p. 167.

32 *Ibidem*, p. 141.

Yendo hasta el fondo, esto significa que el cotidiano espacio de experiencia *humanidad* no nace de una relación amorosa de todos con todos. Nace de y consiste en percibir la calamidad de las consecuencias de la actuación civilizatoria [...] se crea un espacio de acción, valores y responsabilidad común»³³

Sobre una atalaya similar a aquella desde la que Hobbes contemplara el mundo de las guerras de religión al inicio del *Behemoth*, Beck se asoma al balcón del siglo XXI para pedirnos un esfuerzo similar: porque, si este nuevo contrato cosmopolita no se halla inspirado por ningún tipo de amor o virtud republicana, ninguna receta de solidaridad orgánica, ni tampoco cuenta con ninguna garantía democrática, ¿no tiene su rubrica en el fondo el significado de un pacto hobbesiano de sumisión?

Beck ha buscado de hecho conscientemente esta analogía con el proceso constitutivo de los modernos Estados-nación, de ahí su insistencia en presentar su trabajo en el contexto fundacional de una «segunda Modernidad». En un pasaje significativo de *Poder y contrapoder en la era global* afirma:

«Análogamente a como la paz de Westfalia puso fin a las guerras civiles confesionales del siglo XVI separando Estado y religión, mi tesis es que podría responderse a las guerras mundiales (civiles) nacionales del siglo XX separando Estado y nación. Análogamente a como el Estado a-religioso permite la práctica de religiones diversas, el Estado cosmopolita debería garantizar, mediante el principio de la tolerancia constitucional, la coexistencia de identidades nacionales. Análogamente a como en los inicios de la Era Moderna se mantuvo a raya la teología cristiana, hoy debería redefinirse el espacio y el marco de acción de lo político domesticando la teología y la teleología nacionales [...] siguiendo las huellas de Jean Bodin y Johann Althusius, cuyo pensamiento aseguraba la soberanía del Estado frente a las injerencias de la religión y la abría a la historia y la política, puede fundamentarse teóricamente y desplegarse políticamente de nuevo una soberanía cosmopolita en el sentido de posibilitar una multiplicidad real contra la premisa nacional de la homogeneidad.»³⁴

La hipótesis, la misma que sostiene Münkler en *Viejas y nuevas guerras* sobre la cercanía de los siglos XVII y XXI, no debería sin embargo ocultarnos

33 Ibidem, p. 75.

34 Ibidem, pp. 141-142.

que esta lectura de la modernidad temprana es poco menos que parcial. Querer ver en la paz de Westfalia el triunfo por encima de todo de un principio de tolerancia interconfesional es tan ingenuo como atisbar en nuestro proceso de construcción europea la señal de inicio de una nueva era cosmopolita.

El motivo para la analogía sin embargo es claro. La modernidad sigue produciendo millones de parias, víctimas no sólo de las guerras étnicas nacionales sino también del modelo productivo industrial, que hace insostenible el contrato político moderno en un mundo global que, como afirma Zygmunt Bauman³⁵, se ha quedado sin «vertederos» o espacios libres de jurisdicción a donde enviar sus «residuos humanos». Sus quejas, las de los demandantes de asilo por ejemplo, son portadoras del mismo reproche que las de los sin-lugar del mundo premoderno:

«Es ciertamente ignominioso esto, y algo intolerable en una ciudad libre que declara proteger a los hombres en la libertad y la paz, y que, sin embargo, no los protege de las injurias de los fari-seos. Y cuando alguien no tiene ni defensor ni vengador, nada tiene de asombroso que trate de defenderse por sí mismo»³⁶

Hoy como ayer millones de voces claman una justicia que no podrán tener en un mundo a esta escala. La alternativa de aquellos que no pueden más que «defenderse por sí mismos» parece abocar al terror. Frente a él, la tentación de apelar a un nuevo poder, a un nuevo *katechon* capaz de frenar la inminencia del fin del mundo, puede parecer irresistible. Sin embargo, del mismo modo en que «Bodin [...] no podía saber lo que sabemos nosotros, es decir, que la soberanía del Estado (para Bodin el antídoto contra la anarquía que tanto temía) culmina e incrementa infinitamente las atrocidades, el odio y la violencia inhumana»³⁷, nosotros debemos reconocer también, de la mano de la historia imperial comparada, los riesgos aún mayores generados por una soberanía tal, no sólo condicionante de toda forma de autogobierno, como así lo comprendieron los *cittadini* republicanos abocados a pactar con el diablo, sino también difícilmente compatible con la mínima participación política que hoy día ofrecen nuestras democracias liberales. Por no hablar de las no

35 Z. BAUMAN, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Paidós, Barcelona, 2005.

36 U. DA COSTA, *Espejo de una vida humana*, Hiperión, Madrid, 2009, p. 12. Agradezco el haber rescatado esta cita, que tan bien retrata el espíritu que da origen al contrato político moderno, al profesor Antonio Rivera en el marco de una ponencia efectuada en el Centre for Modern Thought de Aberdeen y titulada «Uriel da Costa, marranismo y modernidad».

37 U. BECK, *Poder y contrapoder en la era global*, cit., p. 145.

menos trágicas guerras imperiales y la ambigua promoción de unos derechos humanos escalonados (al parecer los turcos serían menos merecedores de esta *bendición* que los iraquíes), que se imponen o se niegan en virtud de intereses estratégicos.

Interrogar a la historia imperial comparada por los intersticios de libertad y participación política que ofrecían las construcciones imperiales del pasado, en un momento en que estos derechos nos parecen irrenunciables, puede ser para los eruditos una tarea mucho más loable que la mera «acreditación histórica» de la especificidad de un Imperio europeo y de la poli-etnicidad como constante de la historia universal. Porque si la modernidad temprana es el tiempo de los Imperios, lo es también de las ciudades. En esta lucha se está jugando el tránsito al moderno Estado-nación, del mismo modo en que hoy los nuevos Imperios se esfuerzan en lograr pactos y arrancar competencias de los Estados-nación. De este modo, tan importante como identificar aquello que el paraguas ampliado de la soberanía imperial dice ser capaz de cobijar nos parece el constatar aquello que tradicionalmente ha desterrado. No sólo con respecto a sus vecinos y aliados, a los que prohíbe la neutralidad (la lucha contra el secreto bancario suizo puede ser un síntoma de ello), sino sobre todo por lo que hace a la práctica política de aquellos que pueden considerarse nuevos súbditos (¿sería aún pertinente el nombre de ciudadanos?) del Imperio. Si se trata de una elección, tenemos derecho a saber.

Sólo en este sentido la fascinación por lo premoderno que testimonian las referencias actuales a tiranías, misiones, cruzadas, guerras justas e imperios puede esperar escapar a lo efímero de la moda³⁸ editorial, superar la parálisis de la razón provocada por los agoreros del fin del mundo (aunque su discurso fuera el de una modernización reflexiva) y contribuir a este debate vital sobre la soberanía y los espacios y formas políticos del siglo XXI, sin por ello obviar los derechos políticos del individuo.

Recibido: 3 noviembre 2008

Aceptado: 3 febrero 2009

38 Vid. S. JABERG, P. SCHLOTTER (eds.), *Imperiale Weltordnung – Trend des 21. Jahrhunderts?*, Nomos, Baden-Baden, 2005.